

Los personajes de Góngora

DE todos los aspectos de la obra gongorina, en este año de su tricentenario, ya tan afanosamente empezada a desentrañar, existe uno, el estudio de los personajes vivos que Góngora llevó a sus poesías, que seguramente ha de dar en lo porvenir sazonados frutos para la historia de aquellas épocas y curiosos hallazgos para los eruditos e investigadores.

La senda que para los personajes de Cervantes ha trabajado con tan bellos frutos don Francisco Rodríguez Marín, será seguramente más grata para quienes investiguen los personajes de Góngora, ya que este vivió con más asiduidad su ciudad natal, y forzosamente hubo de referirse a personajes conocidos de su época.

Por otra parte, en Córdoba, sus hijos escritores han tratado en casi todas las épocas de dejar huellas escritas del ambiente social, de los personajes y personajillos más salientes, populares o conocidos, y es fácil identificar con presteza, por una simple alusión o rasgo descriptivo la persona de quien se trate. La época de Góngora es fecunda en esta clase de escritos.

No es mi intento — Dios me valga — acometer el sugestivo tema de los personajes vivos de Góngora. Me limito sólo a enunciarlo, para que en sucesivos trabajos y tiempos, los escritores gongoristas tengan ya rotulado el camino que ellos han de trazar y desbrozar.

Y era conveniente dejar ya por sentado que la mayoría de los personajes de Góngora son reales, y no pocas veces le valieron sus agudas y satíricas poesías hartos disgustos, y aun tal vez algo más grave, como sospechan sus biógrafos cuando creen atisbar que don Luís estuvo en la cárcel por culpa de su musa picante y atrevida.

Habrá que descontar de esta lista aquellos personajes mitológicos, o bucólicos, o eglógicos, que ya el mismo asunto, ya

la época en que Góngora escribía, los imponían irremediablemente. Pero aparte de ellos, los personajes vivos de don Luís no han de ser difíciles de identificar, ni mucho menos, porque de ellos hace cada retrato, en ocasiones, que los fija indeleblemente en el tiempo.

¿Habrá que recordar como muestra de ello a la «hermana Marica», la traviesa hermana de cuya vida ha quedado harto escrito, ya en papeles judiciales, ya en escritos meramente anecdóticos, como en el conocido manuscrito de «Casos raros de Córdoba», cuando relata el suceso con los pajes del Obispo en las albercas de la Huerta del Alcázar?

Barbola, la hija de la panadera, es otro personaje vivo de la niñez de don Luís. El nombre de Barbola no era raro en el siglo XVI y XVII por estas tierras andaluzas. Don José de la Torre nos dice que lo ha visto varias veces en partidas de nacimiento o defunción. Nosotros, en alguna parroquia sevillana hemos topado también con otras Barbolas. La Barbola gongorina, la que dió a don Luís en su infancia tortas con manteca por hacer alguna que otra vez las cochinerías detrás de la puerta, vivió seguramente. Su evocación en el conocido romance es tan precisa que se resiste el lector a creer que sea hija de la imaginación. La lejanía del tiempo en que su evocación poética se hace, no es ya obstáculo para que pueda figurar con su mismo nombre.

Barbola tenía que ser hija de una panadera, porque entre muchachos de su edad no se puede permitir el lujo de regalar tortas de manteca. Tenía que vivir cerca de la plazuela donde jugaban los chicos del barrio. «Yo y otros del barrio que son más de treinta». Y esta plazuela, como han averiguado los cordobeses gongoristas de hoy, era la actual plazuela de las Bulas.

Pues, bien, allí al lado, en lo que hoy es calleja de Ave-roes, a espaldas del Hospital y cerca de la capilla de San Bartolomé, vivió una viuda hornera a fines del XVI, con una hija Barbola, como ha investigado la diligencia de don José de la Torre, cuya Barbola se casa años después. Todavía se conserva allí la casa del horno.

Los médicos contemporáneos de Góngora, han salido mal parados de su pluma. «Buena orina y buen color, y tres higas al doctor». Las alusiones personales son certeras. «Doctor barbado y cruel». «El doctor mal entendido, de guantes no muy

estrechos». «Hace un doctor dos de claro, de San Andrés a la Puente». Y así muchos otros. Las biografías gongorinas de los médicos cordobeses contemporáneos, son breves, pero contundentes.

¿Y aquellos otros desgraciados a quienes el Amor no fué propicio, han podido encontrar burla más cruel que en Góngora? Pobre Gil. «No vayas, Gil, al Sotillo...». Gil bien pudo ser un arrendatario de la huerta de Góngora, como sospecha don José de la Torre. El sotillo es aquella recatada alameda que hay en la Huerta a orillas del arroyo Pedroches, «el golfo de mi lagar».

¿Pues y cuando arremete con el señor del Rincón, en el que cualquiera se meara, si no le viera la cruz? ¿No podía ser el susodicho otro sino un señor eclesiástico coetáneo del poeta, cuyo nombre sale a colación en ciertos documentos cordobeses catedralicios?

Y así, en otros muchos personajes, cuyo desentrañamiento y resurrección queda para investigadores que sepan darles vida real y propia, como el Bachiller de Osuna la ha dado a los cervantinos.

No se concibe que se pueda poner tan apasionado encono como Góngora pone en muchas de sus composiciones, si no conllevaran el menudo odio pueblerino, al que Góngora ni pudo, ni quiso sustraerse. El mismo lo decía, en una de sus cartas. Nadie se fué al otro mundo dejándome a deber nada, viene a decir. De todos me cobré con usura. Era temible don Luís con la pluma en la mano.

En estos días del centenario en que la sabia erudición de mis amigos gongorinos ha dado tanta vida al tema de los personajes de Góngora, y en los mismos lugares que Góngora pasó los más largos días de su existencia, hemos recordado su vida, y entre los detalles anecdóticos de que está salpimentada, se ha hablado tanto de los personajes que con él convivían en Córdoba, he creído que el tema — el tema sólo —, bien merecía quedar enunciado en estas páginas que han pretendido recopilar la labor del tricentenario.

RAFAEL CASTEJÓN.

